

ASCENDER CON EL SEÑOR

En la recta final del tiempo de Pascua, aclamamos jubilosos a nuestro Salvador Jesucristo, a quien el Padre glorificó, al resucitarlo de entre los muertos y llevarlo, con honor, a su diestra.

La cincuentena pascual nos recuerda que nuestra vida cristiana es una permanente pascua, un continuo morir al pecado y resucitar con Cristo a la vida nueva. La Ascensión nos enseña que nuestra vida debe ser un incesante e incansable ascenso, para participar eternamente con él, en Reino eterno del Padre.

El verbo “ascender” posee, de suyo, un significado positivo, pues conlleva la idea natural de crecimiento. En el lenguaje cotidiano, “ir hacia arriba” es sinónimo de mejorar. “Ascender” significa lograr resultados, alcanzar metas y honores. Desde la antigüedad, al vencedor de una competencia se le subía a un estrado alto, en signo de honor. Los tronos de los reyes se colocaban también en alto. Este lenguaje no es ajeno a la Biblia, en expresiones como: “Dios reina en lo alto”, “¡gloria a Dios en las alturas”!

Decir “nuestro Dios está sobre todo”, expresa reconocimiento en su poder divino. De aquí nace la concepción del cielo como un sitio en lo más alto del firmamento, aunque sabemos que Él está presente en todas partes y no puede ser contenido en ningún lugar. Sin embargo, desde tradiciones hebreas muy antiguas, se dice que para participar de la felicidad eterna es preciso “subir a Dios”. La “ascensión” (o “asunción”) de personas como Henoc (Gn 5,24), Elías (2 Re 2,11), incluso de Moisés, en tradiciones judías extrabíblicas, son formas de expresar una especial participación en la gloria y en el poder de Dios.

Ese ese el sentido entendemos la ascensión de Jesús. No se trata, por tanto, de un simple recuerdo romántico, casi mitológico, sino

de una manera muy clara y enfática de expresar la predilección del Padre por su Hijo amado, quien obediente se humilló y entregó a la muerte, para redimir a la humanidad. La ascensión de Jesús posee, por tanto, un doble significado:

En primer lugar es el reconocimiento y la recompensa que el Padre otorga su Hijo, por su obediencia y fidelidad. Este beneficio nos alcanza también nosotros. Por eso, san Pablo llama a comprender *“la extraordinaria grandeza del poder de Dios para con nosotros, los que creemos, según la eficacia de su fuerza poderosa, que desplegó en Cristo, resucitándolo de entre los muertos y sentándolo a su derecha en el cielo, por encima de todo...* La redención llega a su punto más alto y feliz con la glorificación de Jesús a la diestra del Padre y la esperanza de participar en ella.

En segundo lugar, la Ascensión marca una nueva etapa para la vida y misión de los discípulos de Jesús y un modo nuevo de acompañarlos. No es la despedida nostálgica de unos pobres huérfanos abandonados. Al contrario, la Ascensión inaugura un modo nuevo de la presencia del Jesús y de continuar la misión. San Mateo expresa esta nueva etapa, con la promesa y garantía de que el Señor estará con los discípulos, hasta el final de los siglos.

Decía san León Magno: “Jesús bajando a los hombres no se separó de su Padre, y ahora que vuelve al Padre tampoco se aleja de sus discípulos”. Como humano, no perdió su divinidad ni su intimidad con el Padre; al regresar a Él, tampoco pierde su cercanía, comunión y solidaridad con los humanos. Por eso dice también el prefacio de hoy: “No se fue para alejarse de nuestra pequeñez, sino para que pusiéramos nuestra esperanza en llegar a donde él que es nuestra cabeza nos ha precedido”.

Por tanto, la tarea de los “discípulos y misioneros de Cristo” es continuar su misión evangelizadora. Necesitamos ser capaces de

contagiar fe y esperanza, por medio de la caridad, para hacer nuevos discípulos del Resucitado. Necesitamos convencer que vale la pena seguir las enseñanzas de nuestro Maestro.

Los Once regresan a Galilea, al mismo lugar donde fueron llamados. Después de las fallas y huidas, vuelven a encontrarse con quien los llamó a ser discípulos y misioneros, pero ahora con la fuerza pascual del Resucitado. Al verlo, ellos lo reconocieron y adoraron. Aunque sin vencer del todo sus temores, van a continuar la misión, dejando a un lado la cómoda pasividad.

Lo que menos podemos y debemos hacer es quedarnos estáticos, pasmados, mirando al cielo, como los galileos interpelados por los hombres vestidos de blanco. Sería erróneo quedarnos inermes, sumidos en la pasividad y en la resignación fatalista. Necesitamos ser portadores dinámicos de esperanza y de sentido de la vida. Necesitamos anunciar con firme convicción que, a pesar de las adversidades, pruebas, enfermedades, pandemias..., no estamos en orfandad o abandono. El Padre amoroso, su Hijo resucitado y el Paráclito nos acompañan y nos fortalecen siempre. La fe en la presencia del Dios uno y trino, cambia el sentido de nuestra existencia, pues nos ofrece horizontes de luz y esperanza.

No podemos quedarnos mirando al cielo. Necesitamos asumir la misión de nuestro Maestro, en proceso de ascensión constante. Urge proclamar al mundo que Cristo está vivo, en medio de nosotros y nos llama a construir un mundo mejor y más justo, a edificar una sociedad en la que renazca la esperanza, en medio de los escenarios de incertidumbre, desesperación y angustia. Oremos y trabajemos para que renazca la esperanza en nuestro mundo y en nuestra Patria. Aportemos nuestro testimonio en el Dios de la vida y en su Hijo Jesucristo resucitado.

Celebrar la Ascensión del Señor implica un compromiso con la historia humana, correr cuesta arriba, testimoniando los valores y principios más altos, que dignifican y enaltecen. Significa navegar contra la corriente, que siempre se desplaza hacia abajo y arrastra lo que encuentra a su paso. Celebrar la Ascensión es anunciar, sin vacilaciones, que todo esto es posible, porque Jesús se ha comprometido con nosotros, con y a pesar de nuestra pequeñez. Nos toca, por tanto, comprometernos con él.

Padre misericordioso, que exaltase a tu Hijo y le diste el “Nombre-sobre-todo-nombre”, escucha la voz de nuestra pequeñez, para que sepamos emprender caminos de ascensión constante en nuestra vida. Que no nos dejemos arrastrar por las corrientes, sino que como portadores del Evangelio, seamos genuinos discípulos y misioneros de Jesucristo nuestro Mesías, que contigo vive y reina inmortal y glorioso por los siglos de los siglos. Amén.

+ Adolfo Miguel Castaño Fonseca
Obispo de Azcapotzalco
Responsable de la Dimensión ABP de la CEM